

Raíces culturales del Mercosur (7)

por Daniel Vidart

Las humanidades indígenas que poblaban el área de la cuenca rioplatense pertenecían a dos distintos estados económicos y culturales. Unos grupos, los recolectores-cazadores, eran nómadas, y los otros, los plantadores de mandioca, maíz, zapallos y algunas pocas más especies alimenticias, eran sedentarios. Estas indias de los bosques y las praderas habían forjado recíprocos estereotipos mentales: los tupiguaraníes plantadores, pertenecientes a la raza amazónica o brasiliana, despreciaban a los "bárbaros" de lenguaje rudo e ininteligible, dotados de una parva tecnología material, desconocedores del complejo cultural de la mandioca y, por añadidura, eternos errabundos. Por su parte, los despreciados "tapuyas" odiaban a los tupiguaraníes devoradores de hombres.

LOS "HOMBRES VERDEADOS"

Peró todo es relativo en el mundo de las otredades. Los integrantes de los indios andinos, cuyos pueblos habían alcanzado niveles técnicos y sociales "superiores" a los de los indios de las florestas y las praderas, se consideraban muy por encima de los "chunchos"- una voz quechua- o sea los bárbaros portadores de normas morales y avios materiales que vivían "alla abajo", en las florestas de las fieras y las fieras, ubicadas al margen de la civilización constructora de ciudades y organizada en Estados.

Los conquistadores europeos, por su parte, trazaron una línea divisoria profunda entre ellos, los verdaderos hombres, y las bestias con forma humana o, a lo más, homínuculos, que hablaban el Nuevo Mundo.



Artefactos líticos de los Pampas.

Este era, por añadidura, un continente degradado, reino de la humedad, las alimañas y el calor, que no cabía en la tripartición bíblica de los hijos de Noé- Sem, Cam y Jafet- ni en la trinidad geográfica del Asia, Europa y África.

Si ahondamos más en el análisis nos sale al paso el abominable fantasma del etnocentrismo que enfrenta a todos contra todos. Esguimeo el lema "somos los únicos y los mejores" los integrantes de cada "nación" indígena, término propuesto por Azara para terminar con el de "generación", empleado por los primeros cronistas rioplatenses, se erigen en centros del mundo, en ombligos de la belleza y la sabiduría, en guardianes de la humanidad exclusiva y excluyente de su grupo. Así como el animal delimita su espacio vital y lo defiende con ferocidad, el indígena también fijaba el suyo. Al actuar de tal forma, centripeta y



Bolañeros de los indios pampas.

blicialista, procedía de igual modo que el hombre blanco venido en las carabelas. En efecto, no otra cosa hizo el invasor lusitano al plantar los pendones reales y al imponer



Indio charrúa, con su piel de quillapí (según Pemetty).

la cruz en las playas de desembarco cuando, sin que nadie se lo otorgara, salvo su voluntad de conquista, tomó posesión de tierras ajenas en nombre de Dios y del Rey.

LAS PRIMERAS CLASIFICACIONES

El conquistador europeo también forjó una taxonomía de los pueblos indígenas conquistados. Primeramente se adueño de la parte del león, la más ancha y privilegiada- zonas residenciales salubres, campos de cultivo, placeres auríferos, minas de oro y plata, árboles de valor comercial como el palo brasil-, correspondiente a los méritos y merecimientos de la civilización cristiana del Occidente, y reservó la otra, desdeñable y raquílica, a las minusvalías morales y sociales de los hijos de la tierra.

Luego, al clasificar esta menguada y desmedida, y descazta, desinteresada y miserica, que no conocía la moneda ni el regateo comercial ni el uso de las armas de fuego, distinguió en primer lugar entre los indios mansos residentes en las islas y los indios bravos, los que usaban "lechas enherboladas", esto es, envenenadas, de Tierra Firme. Poco después, a partir de las conquistas de Cortés y Pizarro, colocó en distintas categorías a los "indios vestidos" de las zonas altas, donde también se ubicaban las "altas" culturas sierrales- un término que se debe relativizar sistemáticamente- y a los "indios desnudos" pertenecientes a las culturas de las tierras bajas.

En el caso de nuestro escenario rioplatense, los cronistas se refirieron en sus escritos a los indios de las islas (los guaraníes carios o chandules anfidanos en el Delta), a los indios de Tierra Firme (los agresivos querandíes que sitiaron a la primera Buenos Aires), a los indios de la Banda Norte del Plata (donde, entre otros, figuran los bravos charrúas) y a los indios de la costa (las parcialidades litorales del Paraná y el Paraguay entre las cuales se destacan los chaná-begua-imbú, los guairurú, los chaná salvajes, y múltiples tribus guaraníes de tierra adentro).

Los arqueólogos y antropólogos tienen por su parte un ordenamiento distinto. A partir de los caracteres somáticos y los rasgos culturales de aquellos, han intentado descifrar los cuadrantes de fuerzas marcadas determinadas por el Ironeo histórico entre múltiples vectores que, a lo largo del tiempo, realizaron entre sí empréstitos en el orden del "ethnos" y mestizajes en el orden del "soma". Esta incesante alquimia humana se cumplió a lo largo de sucesivas etapas y en distintos lugares mientras las tribus se desplazaban y colisionaban en el gran escenario rioplatense. Comprenderá el lector que no conviene adentrarnos en una selva de hechos, hipótesis y fabulaciones, so pena de dilatar casi infinitamente un relato que corre tras las especies y no los detalles de una peregrina milenaria.

De todos modos vale intentar un sucinto análisis de este complejo panorama. El conocimiento de las líneas maestras establecidas por la arqueología y la etnografía nos permitirán clarificar la tipología de dichos pueblos en el momento de la conquista. La etnohistoria debe recurrir entonces, obligatoriamente, a los datos más relevantes de la paleohistoria con el objeto de allanar el camino a la historia escrita. Esta, contada por los vencedores, ha narrado, con más desvío que verdad, una desventurada epopeya de rapiñas y resistencias que, al ser maldada por la imaginación de los poetas, recordemos la Liropéya de Del Barco Cordero y el Tabaré de Zorrilla de San Martín-, se encamino, desaprensivamente, sin doloide prendas, hacia los falaces reinos de la fantasía.

LAS INDIAS DEL AREA PLATENSE

Los pueblos indígenas que ocupaban la cuenca rioplatense se movían en territorios extendidos por encima de los actuales límites fronterizos impuestos por los Estados Desunidos

de Sudamérica. Tenían, alternativamente, relaciones amicales y enfrentamientos armados. Disputaban sus cotas de caza y pesca pero no los movían solamente motivos alimenticios: cada uno de ellos había acumulado un acervo de tradiciones e identidades que los enfrentaban también en el campo simbólico. Cada quien se aferraba a sus escalas de valores, a su orgullo tribal, al mandato de los antepasados.

Y de tal modo el tiempo de la guerra- esa desdichada constante, consustancial a la condición humana- era más dilatado que el tiempo de la paz. La guerra, por su parte, suponía el robo de mujeres y éstas, cautivas en las tolderías de sus captores, al cabo de los años se translocaban en caballos de Troya espirituales, en quintas columnas de la traslocultura. De tal modo las técnicas, las costumbres, los lenguajes y las visiones del mundo intercambiaban rasgos y pautas al punto de crear grupos somáticos y estilos regionales donde las mezclas de rasgos y empréstitos de ideas actuaban como un gigantesco molino de cuerpos y de almas. No hay razas puras, no hay culturas incontaminadas, no hay inmutables persistencias de formas y contenidos. En América indígena, como en el resto del mundo, los contactos humanos producen cambios, mutaciones y metamorfosis. Y la llegada de los conquistadores supuso una transformación catastrófica en todos los órdenes.

EL TESTIMONIO DE LOS CRONISTAS

Las primeras informaciones sobre estos indígenas fueron proporcionadas por los cronistas que venían con los conquistadores. Sus testimonios no son del todo fidedignos; es preciso expurgarlos de exageraciones, resulta imprescindible devolver las grafías caprichosas con que designaban a las "generaciones" de indios, a nomencladores más o menos verosímiles; se debe contrastar los datos elusivos o fragmentarios con las investigaciones "in situ" de los arqueólogos y los etnógrafos contemporáneos.

De todos modos las aportaciones



Toldo de indios guaníes, convertidos ya en jinetes. (D'Orbigny, 92).

de aquellos indocitos escribas fueron importantes. Merced a los informes administrativos, a los diarios de operaciones, a los apuntes de los aventureros, a los relatos de los Jesuitas, consignados en las Cartas Anuas, y a las recopilaciones y evaluaciones de los historiadores coloniales, podemos reconstruir el arquetipo somático y cultural de las gentes indígenas en la época de la conquista.

QUIENES Y CUALES

En la actualidad es posible aventurar una visión conjunta sobre las parcialidades y "naciones" que salieron al paso de los conquistadores del Río de la Plata. Solís se topó con los charrúas o, quizá, con los guaraníes. Lopes de Sousa se encontró con probables caingang, con chaná-imbú-begua, con charrúas y con querandíes; Gaboto tuvo contacto con los guaraníes de las islas, los charrúas y los chaná-begua-imbú, Mendoza y los miembros de su expedición se encontraron con todos esos grupos y con los chaná salvajes de la etnia guayaná, que así se denominó en la Mesopotamia argentina a la cuña tribal introducida por los gé, un gentilicio que, como se dijo anteriormente, designaba a los indígenas calificadas al barrer como "tapuyas" por los guaraníes o "bugres" por los lusitanos. Esa aparente cuña étnica es, casi seguramente, una supervivencia antes que una intrusión. Los pueblos ligados, que ocupaban una considerable superficie en esa zona, si es que no eran los únicos allí residentes en milenios anteriores, fueron aprisionados por el movimiento de pinzas de los pámpidos del Sur y los amazónicos del Norte. De tal modo unos grupos sucumbieron, otros persistieron en las zonas más inhóspitas y otros se mezclaron. Por ello los chaná-begua-imbú son los hijos de una mixión racial entre pámpidos y ligados al par que su cerámica, caracterizada por las "alfareras gruesas" y las cabezas de loro, luce rasgos arawacoides venidos desde la gran floresta trópico-equatorial.

Para orientar al lector en esa danza de nombres, que en su tiempo también fue danza de hombres en el curso del tiempo y el escenario del espacio, voy a ubicar y describir sumariamente a cada una de estas parcialidades, ayudado en parte por los cronistas y en parte por las lecturas razonadas que hicieron de sus viejos mamotreos los antropólogos contemporáneos.

HOMBRES Y MUJERES

¿Qué pueblos vivían en la cuenca del Río de la Plata en el momento de la llegada de los españoles y los portugueses? En el capítulo anterior pasé revista a los amazónicos-tupiguaraníes- y a los ligados-tribus del gran grupo gé, o tapuya, o caingang meridional- residentes en el área colonizada por los portugueses y a las espaldas de las mismas. Se recordará también que dichos portugueses ocupaban las franjas y isletes humanizados que, con soluciones de continuidad, se extendían a lo largo del litoral atlántico desde Pernambuco hasta más al sur de San Vicente.

Toca ahora realizar una breve presentación de los indígenas que poblaban las tierras situadas al Oeste de la Línea de Tordesillas, en la dilatada zona mesopotámica extendida desde el Paraguay hasta la Banda Oriental del Río Uruguay.

MEZCLAS DE CUERPOS Y DE ALMAS

Ya dije que los pobladores indígenas de Sudamérica no eran todos de idéntico tipo. Existían notorias diferencias de talla, valga el ejemplo, entre un fueguino del archipiélago magallánico y un pámpido del Neuquén; aquel era de menguada estatura al par que éste exhibía ejemplares de gran talla, en ocasiones casi gigantescos. De igual modo las formas del cráneo, las proporciones del cuerpo y el color de la piel diferían: el amazónico de la selva tiene la piel de un color bronceado-amarillento, lirando a claro, mientras que el árduo del altiplano boliviano está intensamente pigmentado, al punto que su piel es oscura, con un tinte casi negrozco. Otra variable a tener en cuenta es el mestizaje: los cha-



Área ocupada por los pámpidos.

mortales epidemias; apadrinaron a los "mancochos de la tierra", importaron esclavos africanos, desparmaron vacunos y yeguanos en las llanuras empastadas; crearon un crisol de razas y una molinda de culturas. En suma, constituyeron un episodio revolucionario, destructivo y constructivo a un tiempo, al punto que cien años después de 1492 la fisonomía paisajística y humana del Nuevo Mundo era muy distinta a la existente en el momento del recíproco descubrimiento de humanidades en la minuscula Guanahani.

LOS INDIOS PAMPIDOS

Los pámpidos ocupaban la zona del embudo austral de Sudamérica situada entre los Andes y el Atlántico. A partir del siglo XIX fueron caracterizados por los antropólogos, quienes coincidieron en la descripción de sus notorios rasgos físicos. D'Orbigny los ubicó dentro de la "Raza Pampeña", Denniker los llamó "Pampeños", Biasutti los incluyó en la "Provincia pampeana y pampeana" y von Eickstedt catalogó a su grupo humano en el taxón de la "Pampe Rasse". De ahí a los Pámpidos de la Tabla Clasificatoria de Imbelloni no hay más que un paso. Los pámpidos, llamados patagónicos por Canals Frau, se extendían desde Tierra del Fuego, el hábitat de los Ona, hasta el Mato Grosso, donde aún hoy habitan los Bororo. Por el camino había otras parcialidades, casi todas extinguidas, a las que citaré luego. La caracterización de los pámpidos ha sido incisivamente realizada por José Imbelloni. Su diagnóstico de este tipo humano es la siguiente: "Hombres de estatura media, alta y altísima (Mataco, 1,60 a 1,70; Toba, 1,70 en el hombre y 1,55 en la mujer; Tehuelche, 1,73 a 1,83; Ona, 1,73 en el hombre y 1,50 en la mujer); forma craneana dolicocefala (cabeza alargada)- índice cefálico hori-

mortal epidemias; apadrinaron a los "mancochos de la tierra", importaron esclavos africanos, desparmaron vacunos y yeguanos en las llanuras empastadas; crearon un crisol de razas y una molinda de culturas. En suma, constituyeron un episodio revolucionario, destructivo y constructivo a un tiempo, al punto que cien años después de 1492 la fisonomía paisajística y humana del Nuevo Mundo era muy distinta a la existente en el momento del recíproco descubrimiento de humanidades en la minuscula Guanahani.

tectura corporal de los Pámpidos es el corte atleético de los miembros, su armonía general y el equilibrio de las masas musculares, superior a otros grupos de América". (Razas humanas y grupos sanguíneos. Relaciones de la Soc. Argentina de Antropología, 1937). Los pueblos pámpidos se mezclaron con los andinos, que ocuparon la pampa durante los siglos XVIII y XIX, con los ligados y con los amazónicos. Intercambiaron objetos y canjearon conceptos acerca de la funcionalidad de los mismos. Recibieron y donaron ceremonias y divinidades, mitos y ritos. Se trasladaron, se transformaron, se adaptaron a las selvas tropicales del Mato Grosso y a los pastizales rioplatenses; a las sedientas travesías charrúas y a los vientos fríos polares del Sur argentino. Pigafetta, que venía con Magallanes, los describió como gigantes a los cuales los europeos apenas le llegaban al ombligo; los charrúas fueron originariamente caracterizados por Luis Ramirez, Diego Garcia y Lopes de Sousa, los querandíes por Ulrico Schmidt; los guaicuru por los jesuitas.

Yendo desde el Sur hacia el Norte los pámpidos forman una cadena constituida por los estabones de pueblos que giraban en rededor del complejo cultural de la piedra, el cuero y la carne. Allá, en el lejano remate del embudo patagónico se hallaban los Chonik (que significa, en su idioma, los verdaderos hombres), una vasta comunidad cultural constituida por los Teshel del piedemonte andino, los Onas y los Tehuelche. Ascendiendo hacia el Norte se encontraban los Pueche-Genaken, en el ventoso escenario de las bardas patagónicas y al comenzar el desolado territorio de la Pampa seca y por toda su extensión, se dilataba el dominio de los Pampas. Fue con estos antiguos pámpas que se toparon los fundadores de Buenos Aires. Se trataba de los famosos querandíes, que les hicieron la vida imposible luego de un inicial entendimiento echado a perder por la soberbia española. Camino hacia el Chaco se encuentran los guaicuru, que se convirtieron en extraordinarios jinetes luego de la doma del caballo, al igual que los indígenas pámpicos y los charrúas. Estos últimos, "nuestros" indios, miembros del grupo racial originario de la Patagonia, nomadizaron por la Banda Oriental, Entre Ríos y Río Grande del Sur.



Toldo ona, de tipo "paraviento".

zonal 77, 78, 79 y 80- con índices braqui (cabeza redondeada) en los Tehuelche, que han recibido grandes contingentes del grupo andino (Araucanos) durante, al menos, dos siglos (índice cefálico horizontal 85).

La construcción del esqueleto es grande y ruda, los cráneos (son) voluminosos y de notable espesor y peso (paucifalía); cara con notable desarrollo de los pómulos y mentón cuadrado saliente, sin embargo tienen gran desarrollo vertical (leptoprosopia) con nariz estrecha (leptorinia). Escaso dimorfismo sexual: hombres y mujeres no se distinguen fácilmente en el aspecto del rostro. Color cutáneo bastante oscuro, con tonalidades cálidas; ojos a menudo oblicuos. Lo que caracteriza la arque-